



Más allá de Clausewitz: razones criollas para la guerra

Juan Ignacio Pisano¹

Recibido: 25/06/2015

Aceptado: 03/08/2015

Resumen

Este trabajo se aboca a la lectura de un texto que narra, desde cierta perspectiva, hechos de la Conquista del Desierto. El texto en cuestión es *Conquista de la Pampa*, de Manuel Prado, una obra que no glorifica el acontecimiento de la conquista, sino que expone una tensión con la institucionalidad militar y estatal que dirigió la acción bélica. Tensión que se manifiesta en la construcción de un yo narrador que resistió la guerra como soldado y que escuchó narraciones de sus compañeros, las que son llevadas a la escritura y conforman así una memoria o un archivo colectivo en tensión con el archivo militar oficial. *Conquista de la Pampa* manifiesta críticas hacia las jerarquías del ejército, y al mismo tiempo efectúa una defensa del ejército a partir de ciertos valores en la exaltación de algunas figuras destacadas y de las tropas en su conjunto. En esa tensión, se forma la escritura de estos relatos.

Palabras clave

Narrativa expedicionaria – Conquista del desierto – Relatos de frontera – Manuel Prado.

Abstract

This paper tackles the reading of a text that tells, from a certain perspective, made the Conquest of the Desert. The text in question is *Conquest of the Pampas*, a work that glorifies the event of conquest, but exposes a tension with the military and state institutions who led the military action. This tension is manifested in the construction of a narrator who resisted the war as a soldier and heard stories of their peers, they are put into writing and thus form a collective memory or file in tension with the official military archive. The text expresses criticism of the hierarchy of the army, while the army made a defense based on certain values in the exaltation of some prominent figures and troops as a whole. In this tension, the writing of these stories is formed.

Keywords

Expeditionary narrative – Conquest of the desert – Border stories – Manuel Prado.

¹ Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, actual doctorando por la misma institución. El proyecto de doctorado se encuentra radicado en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras. Contacto: pisano.juan@gmail.com

Entre los milicos las conjeturas no faltan. Se obedece *como reloj* con la cara *llena de risa*, pero se comenta y se discute la idea del superior.

Manuel Prado, *Conquista de la Pampa*.

Dentro del corpus de la narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto existe una parte compuesta por obras cuya autoría corresponde a sujetos que estuvieron presentes en el acontecimiento bélico, pero que se dedicaron a escribir sus memorias tiempo después (Torre 2010), tiempo que en ocasiones constituye algunos años. Entre estas obras se encuentra *Conquista de la Pampa. Cuadros de la guerra de frontera*, de Manuel Prado quien, según David Viñas, si escribe se debe “a su desabrida y desenvuelta situación de retiro” (2013: 277), es decir, cuando el tiempo cronológico que organiza la vida activa se ha detenido. Más allá de este factor, difícil de comprobar con la lectura, *Conquista de la Pampa* constituye una obra que no es simplemente laudatoria de la conquista en sí, sino que muestra una tensión con la institucionalidad militar y estatal que dirigió la acción sobre las comunidades indias. Tensión que se manifiesta en la construcción de un yo narrador que sufrió y resistió la guerra como soldado en base a las decisiones que tomaron las jerarquías estatales y militares. Pero si bien el texto manifiesta críticas hacia esas jerarquías, simultáneamente expresa una defensa del ejército a partir de ciertos valores en la exaltación de algunas figuras destacadas y de las tropas en su conjunto. En este último sentido, tal vez cabría afirmar con Viñas que “en este orden de cosas [Prado] abre en la Argentina moderna esa serie tan notoria como equivocadamente esperanzadora de los llamados *militares progresistas*” (2013: 278). Pero, a diferencia de lo que considera este crítico, aquí se pensará que es en la tensión, no en sus extremos, donde radica la potencia de esta escritura: en un desdibujarse de los límites entre la reivindicación propia y aquella común al conjunto de los soldados que participaron, como entidad simbólica y unificadora. Tensión que se manifiesta, también, entre el lugar que se brinda a una voz disidente que emerge al interior del ejército y la posibilidad de que esa disidencia sea absorbida por las propias jerarquías militares: entre obedecer y murmurar por lo bajo. Se considerará que es, en definitiva, allí, en estos lugares indecisos, donde se produce esta escritura.

Las distancias hermenéuticas respecto de una comprensión del acontecimiento efectuada desde una perspectiva institucional, como expresión de una diferencia crítica que asume esta escritura, se observan desde el título: propone un marco semántico heterogéneo al evitar la nominación de Conquista del Desierto y preferir la más *argentina* de Conquista de la *Pampa*. Si la operación político-militar llevada a cabo fue una Conquista del Desierto (entendida como ocupación del espacio estatalmente vacío donde poblaba el *infiel*), en el título del texto de Prado se observa un cambio de nombre que incluye una variación en el modo de referirse el objeto denotado. Ese cambio puede ser entendido a partir de la dilación temporal entre la conquista y la publicación y escritura porque en ese presente de la escritura el desierto ya estaba conquistado y, en ese momento, ameritaría el nombre más nacional de Pampa. En este sentido, la Pampa podría ser el modo de referirse al aspecto territorial del acontecimiento en la distancia temporal, ocurrida la conquista, habiendo sido ocupado el vacío del desierto y exaltado el sentimiento nacionalista; sentimiento que, como se desarrollará en este trabajo, en parte viene a colaborar en la reivindicación del grupo de soldados que como Prado

quedaron en la sombra de aquellos que se llevaron la gloria. En ese sentido, por más que el soldado obedezca “como reloj”, tal como señala el autor, actuando ante la inminencia del instante en la orden militar que no entiende de esperas, el paso del tiempo le da la posibilidad de comentar, y en esos comentarios, simultáneamente, construir una escritura como espacio posible de una memoria colectiva.

Esa Nación, mencionada en el título de un libro de Halperin Donghi (2005) como reclamo estatal para el desierto, estaba definitivamente instalada a principios del siglo XX cuando Prado escribe sus memorias. Siguiendo la línea planteada: ¿podría pensarse el título que este militar retirado elige, *Conquista de la Pampa*, como estrategia editorial? En definitiva, el mercado editorial tiene sus propias exigencias. Se trata de un momento en el que (y esto no escapa a Manuel Prado) la Conquista del Desierto no tenía buena fama en la opinión pública (de hecho su libro viene a suturar fragmentos de esa historia), por lo tanto, la mención a la Pampa, y no al Desierto, colocaría al texto en una posición de mayor aceptación para el público y, como consecuencia, de mayor capacidad potencial de ventas. No obstante, cabe destacar que esa denominación manifiesta de un modo más categórico el imperativo patriótico que rige en gran parte de los relatos que componen el libro y en los personajes que los protagonizan e intentan cautivar por un afecto nacionalista. Por lo tanto, si se trata de una estrategia editorial, en la que el nombre *Pampa* se vuelve más *vendible* que *Desierto*, el análisis no debe agotarse allí porque ese título esconde una lectura del hecho bélico que no solo busca aceptación y compra, por parte de ese público, sino que principalmente intenta mostrar un aspecto eclipsado por la opinión negativa que se guarda en torno a las jerarquías militares: la entrega de los soldados y la ejemplaridad de ciertas figuras destacadas en el libro.

Entonces, es posible afirmar, en tanto hipótesis, que ese cambio de nombre tiene que ver con un aspecto sentimental, de aferramiento al suelo y a la patria, por parte del sujeto autor; aspecto que, al ser destacado en los *relatos de fogón*, interviene en la construcción de la figura del soldado patriota ya que allí el narrador encuentra uno de los fundamentos para la batalla o a pesar de las condiciones en las que ésta se desarrolla que, en la mayoría de los casos, son desfavorables para las tropas: si los soldados pelean es porque lo sienten. Prado escribe sus memorias a principios de 1900, pasados más de veinte años de la campaña militar en la que participó siendo un adolescente. Si uno de los puntos que aquí se destaca es la exaltación patriótica como manifestación, y como defensa narrativa, de la entrega de los soldados, resulta lógica la decisión autoral de referirse a la *Pampa*, denominación más *argentina* que *Desierto* en las primeras décadas del siglo XX. Es decir: si Rojas y Lugones necesitaron al gaucho para fundar un mito literario-nacional, un relato como el de Prado requiere para justificarse una Pampa (vinculada a la productividad de una tierra húmeda, rica en nutrientes dispuestos a la fecundación y la alimentación de los ganados) y no un Desierto (puesto en oposición semántica con “pampa” a partir de su sequedad). De un lado, la potencialidad nutritiva de un territorio productivo; del otro, el vacío y la falta de desarrollo para cualquier forma de vida –salvo la del indio, pero el Estado ya se había encargado de limitar su crecimiento–. La Pampa parece ubicarse, histórica y geográficamente, pero también política y militarmente, de este lado de la frontera para luego expandirse en su camino triunfal. El desierto, como es sabido, siempre estuvo más allá de esa delgada línea divisoria.

Esa perspectiva, que implica un rescate y una defensa de lo *propio* (también, de modo similar a Rojas), se observa en otro aspecto central: esas historias de fogón que narra Prado son un modo de demostrar la generosidad y la tenacidad del ejército argentino, para equilibrar fuerzas discursivas con aquellos que gustan de citar ejércitos foráneos y hechos anacrónicos: “He observado que, cuando se quiere hablar de abnegación y estoicismo militar, los eruditos apelan a historias extranjeras, y más que extranjeras, antiguas, cuando no dudosas” (Prado 2005: 97). De seguir así, “nuestros bisnietos discutirán todavía si Cambronne dijo o no aquello en Waterloo, pero no sabrán quién fue Villegas, Levalle, Maldonado, Racedo, Lagos, Freire, etc.” (Prado 2005: 97). Si bien parecería que las hazañas del ejército argentino quedaron eclipsadas y denostadas con el correr del tiempo (no menos que en su simultaneidad temporal, según demuestran las declaraciones de Sarmiento en el mismo momento en que se desarrollaba la campaña de Roca²), no debería haber ocurrido de ese modo. O, al menos, así opina el sujeto del discurso de estas narraciones que si como soldado asumió una postura de ataque y avance desde el cuerpo de batalla en el que le tocó actuar, en tanto escritor, por momentos, se propone como defensor de su grupo de pertenencia.

Un ejemplo claro de esta defensa del ejército y su patriotismo se observa en el capítulo “Choele-Choel” (sobre el que se volverá más adelante):

Como empresa militar, como hazaña del genio, como rasgo de la audacia de un hombre, está fuera de duda que la expedición de Alejandro al Asia no tiene parangón en la historia. Pero como campaña cruenta, arriesgada, penosa, permítasenos pedir un lugar no despreciable para la expedición al río Negro (Prado 2005: 98)

Pero, ¿dónde consigue el coraje el soldado raso? ¿Por qué no deserta ante tanta desidia, como hiciera Martín Fierro en el poema de 1872, texto que, en la narración del propio Prado, se menciona como referencia aunque no se siga su ejemplo? Como se señaló al inicio, esto se debe (al menos en una parte considerable) al amor que el soldado tiene por su tierra, que no es el territorio trazado por la autoridad, quien al hacer caso solo del saber científico del ingeniero lleva al soldado a expediciones *penosas*, *cruentas*. Se afirma, como el héroe de esta contienda, la voz de un sujeto múltiple: el conjunto de los soldados anónimos, olvidados por las estrategias estatales y los saberes privilegiados en ellas. Será necesario, por lo tanto, ingresar, de manera más detallada, en esa discursividad producida desde la escritura de un sujeto que viene, varios lustros después de la conquista, a hablar por muchos.

Importa quién habla

Cuando se juega la suerte de la nación, el gaucho, el criollo, no siente injusticias ni repara en abusos.

Manuel Prado, *La Conquista de la Pampa*.

² En el momento en el que Roca inicia la Conquista, se produce su lanzamiento (¿campaña electoral?) como futuro presidente de la República. Este era otro motivo de crítica para el “paseo” que pensaba dar en sus cinco columnas del ejército hacia la expedición al Río Negro. Este fue un foco de ataque del sajuanino para con el futuro conquistador del desierto y presidente de la república.

¿Quién narra, en *Conquista de la Pampa*, en esa voz que dice historias de sujetos bravos, de coraje? Es sabido que Foucault ha puesto en discusión un modo de pensar al autor. A partir de la famosa frase de Becket,³ desarrolla una postura que, básicamente, puede parafrasearse pensando al autor no como una entidad cerrada y concreta, ligada a una biografía justificatoria de su producción escrita, sino como una función del discurso que se ejerce en la enunciación. De esta manera, en el ejercicio de la función autoral, se constituye un sujeto de la enunciación. Por lo tanto, y teniendo en cuenta la tensión, mencionada antes, entre individualidad e institución, que instaura esta escritura autobiográfica: ¿qué sujeto se configura en esa voz que relata esas historias de fogón, que viene a hablar por otros y por sí mismo? En principio, cabe destacar que el soldado mantiene cierta autonomía respecto de la profesionalización del ejército como motivación para la batalla.⁴ Allí, en la tenacidad que lo impulsa, se juegan otras razones en el doble sentido: como otros modos de razonar (de allí la autonomía en su actuar) y en tanto que motivos y causas –que, desde ya, no se fundamentan en la profesionalización del ejército–.

“El gobierno no se apuraba por dos cosas: pagar al ejército y vestir a la tropa” (Prado 2005: 76). La situación, dramática para el soldado y distante de lo que se espera para un ejército profesional, no reviste una reducción de su coraje. Retorna, nuevamente, la pregunta formulada en el apartado anterior: ¿por qué no desertaban, en masa, estos soldados abandonados por un gobierno que solo se interesaba por la tierra o, más precisamente, por la conquista y delimitación de un territorio estatal? La voz que configura la narración brinda una respuesta: por defender la patria –esa que de la denominación “desierto”, pasará a “pampa” en el título del libro–. Coraje, apego al territorio, hazañas de pequeños grupos enfrentados a grandes malones, muertes heroicas:⁵ los rasgos que definen ontológicamente a esas tropas.

La voz que atraviesa los relatos también habla, como se adelantó anteriormente, por los otros, los compañeros del ejército. En definitiva, se trata de la construcción de un sujeto que narra en primera persona pero que se asume como plural al permitir la emergencia de relatos de otros, que devienen en reivindicaciones. Se produce, así, una reivindicación de ese sujeto colectivo, pero al mismo tiempo una especie de memoria o archivo que se configura en la recopilación de estos *relatos de fogón* y que puede pensarse en tensión con el archivo institucional del ejército.

³ “¿Qué importa quién habla?”, es la famosa frase que toma Foucault como punto de partida para su análisis (2010: 5).

⁴ Es decir: en el texto se exhibe (Torre 2010) un enfrentamiento entre el ejército profesional y el ejército temerario y valiente. La temeridad y valentía se representan en el texto de diverso modo, por ejemplo, cuando el capitán Adolfo Drury encuentra por sorpresa a la tribu de Sayhueque, “logra arrebatar el chusmaje y la hacienda de la indiada”, hasta que los indios ven que el grupo que los ataca es poco numeroso y, reuniendo ochenta hombres “armados con fusiles de precisión” rompen fuego sobre Drury y el resto de sus hombres, hiriendo al capitán en la frente quien, luego de que sus soldados lo consideran muerto, se pone de pie y exclama: “¡No es nada, muchachos! Siga la fiesta que nadie afloje” (Prado 2005: 168). La asimilación fiesta-guerra expone lo festivo de ese momento para estos hombres, destacando, justamente, su temeridad.

⁵ El libro de Prado brinda muchos ejemplos de figuras que destaca por su valentía y ejemplo: “Villegas, Levalle, Maldonado, Racedo, Lagos, Freire, etcétera” (Prado 2005: 97). Otro de los destacados que resalta es Mansilla: tal vez por su desempeño militar, tal vez, o además, por ser un precursor de estos relatos de la frontera con *Una excursión a los indios ranqueles*.

Son diversas las estrategias que *Conquista de la Pampa* despliega para construir una memoria del sujeto anónimo de las tropas. La más destacada es, precisamente, la estrategia narrativa que brinda existencia al relato: la compilación de narraciones oídas. Lo escuchado, además del proceso de acumulación que busca intensificar la potencia de su efecto, y además de la ilusión de veracidad que posee en tanto discurso pronunciado y atestiguado, guarda, al modo de las narraciones clásicas, una enseñanza. Si Walter Benjamin en la década del '30 intenta demostrar la hipótesis de que el ser humano ha perdido la capacidad de experiencia, el libro de Manuel Prado, escrito a principios del siglo XX pero con el foco colocado en el XIX, expone el paso previo a ese cambio: aquí la narración aún guarda enseñanza. Y quien porta ese saber que se transmite mediante el relato es el sujeto que narra un acontecimiento del que se siente protagonista. O que construye narraciones biográficas de otros a los que siente parte de su grupo, que es en definitiva el objeto de su reivindicación. El modo en el que tradicionalmente se transmite una experiencia es mediante la oralidad.⁶ Por eso estos relatos intentan representar una escena junto al fuego y preparan el oído del lector para la atención. Con ese objetivo se despliegan estrategias, entre las cuales aquí se destacará una de ellas, a partir de un aspecto puramente formal del discurso escrito: el modo en que Prado agrega cursiva a las palabras a las que quiere darles una entonación particular.⁷ Allí, en esa variación, se manifiesta una diferencia *significante* con el resto del texto, la cual puede pensarse a partir de un modo heterogéneo de pronunciar la palabra, la voz, un énfasis o una variación en el ritmo del habla. Es decir, puede ser entendida como *tono*. Como el tono pertenece a la oralidad, en lo escrito funciona como reafirmación de la situación que intenta construirse y que tiende a la proximidad y a la calidez de la escucha atenta en el espacio compartido del fogón. Se refuerza, de este modo, el efecto de presencia que es, también, efecto de cercanía y, por lo tanto, de transmisión de algo que está más allá de las palabras pero que reside indefectiblemente en ellas y que, en base a lo dicho hasta ahora, es posible denominar sin ambages: experiencia. Se actúa la situación, se la escenifica en la variación de un aspecto visual, de una forma. El soporte funcional del dispositivo narrativo de Prado descansa, en gran parte, sobre ese elemento.

El sujeto que se configura en el relato es transmisor, y resguardo, de la memoria, entonces, de estos relatos. Se trata de un sujeto que habla: dice, enuncia, como función-actor que se asume en el discurso; y dice, habla, como artificio de oralidad al reforzar una escena compartida junto al fuego. En conclusión: para el texto de Prado importa que el sujeto diga su reivindicación del hecho militar, pero también importa que narre, es decir, que transmita una experiencia, que incluye siempre un conocimiento logrado en el terreno, en esta narración que simula un cuerpo a cuerpo con el lector. De esta manera, el aspecto patriótico del relato se fundamenta en un saber logrado en el contexto mismo, porque, como lo había enunciado Martín Fierro (que aquí sí parece ser seguido como ejemplo) “nada enseña tanto/como el sufrir y el llorar”.

⁶ Y es de destacar el rol central que la oralidad ha cumplido en la literatura del siglo XIX argentino, entre la gauchesca, la información que dice compilar Sarmiento para su *Facundo* a partir de lo oído, los relatos que transmite Mansilla en su *Excursión*, entre otros textos destacados.

⁷ Sirva la siguiente cita, tomada de una única página y un único relato, a modo de ejemplo: “El sargento Velázquez y sus cuatro compañeros se abrieron, formando cerco, a fin de *rodear* a los avestruces (...). La *corrida* continuó (...). Arreglándose las *cinchas*, dejose *resollar* a los caballos y un momento después cinco hombres llenos de vida y de contento volvían con provisiones para una semana y con un *capitalito* para los vicios” (Prado 2005: 82).

Estrategias de combate: la configuración del indio como enemigo

Esta guerra de frontera requiere de un enemigo: allí está, estaba desde el momento en que se decide la expedición, y es el indio a quien ha de conquistarse. Las imágenes que se presentan en estos “Cuadros de la guerra de frontera” acerca de este sujeto y la construcción de las mismas son variadas. Porque si, por un lado, se sabe que se trata de un enemigo inferior en su potencia y eficacia militar, se requiere, además, establecer un efecto de nivelación de esa disparidad, ya que de lo contrario la guerra pierde su condición de posibilidad si tenemos en cuenta la perspectiva dominante en la época en base a las teorizaciones de Carl Von Clausewitz. Porque “si lo que se quiere, como lo quiere Prado, es exaltar el heroísmo militar de una campaña, reducirla a cacería es negligente y contrario a lo que se busca” (Kohan 2015: 139).

Si bien en la época se conocían las desventajas en las que peleaba el indio frente al ejército argentino –que apelaba a la santísima trinidad de “telégrafos, rémington y ferrocarriles” (Viñas 2013: 20)–, Prado vendría a exponer las desventajas en las que peleaba ese mismo ejército a causa del mal manejo institucional-estatal (ese con el que mantiene la tensión mencionada al inicio, y que lleva a pensar a Viñas en considerar a este militar como “progresista”):

El gobierno no se apuraba por dos cosas: por pagar al ejército y vestir la tropa. En cambio, las correrías detrás del bárbaro, las guardias, el trabajo del pisadero, la siembra, la edificación del pueblo, todo eso llovía sobre aquellos hombres a quienes en vano se les quiere buscar rivales en la leyenda o en la fábula (Prado 2005: 76).

Por otra parte, cada vez que hay una referencia al desempeño del ejército en el campo de batalla, el indio aparece como un sujeto hábil con las armas que tiene a disposición (fundamentalmente las boleadoras, pero también en ocasiones porta de armas de fuego), y no manifiesta cobardía en los combates. La construcción del enemigo como potencia respetable también se produce adicionando un sentido al más allá de la frontera, porque allí, además, acecha el extranjero: “–¡Ah, chileno –gritó Couzeilles–. ¡Sólo así han de alabarse de nosotros! ¡A morir, muchachos! ¡Y viva la República Argentina!” (Prado 2005: 146). La posibilidad de un avance chileno sobre la Patagonia era un fantasma que se cernía sobre los dirigentes argentinos, e incluso fue esgrimido como un argumento adicional para la campaña ofensiva.⁸ El avance de Roca y las cinco columnas en abril de 1879 era una forma de poner fin a ese conflicto –o al menos intentarlo–. Prado, en su búsqueda de salvación simbólica del colectivo de combatientes del ejército argentino, incluye *cuentitos* (tanto el citado “Pulmarí”, como su continuación, “Segundo combate”) donde no deja de destacar la acción de los *milicos* argentinos en la defensa no solo del avance indio, sino que ahora también de la amenaza chilena. Allí, resaltan valores como la bravura y el coraje de unos diez soldados que se enfrentan, “a arma blanca”, con unos cien indios que les tienden una trampa: trampa, y no emboscada o estrategia de encierro, es el nombre que le coloca el narrador y que de

⁸ Precisamente, el 11 de octubre de 1878, mediante la Ley 954, se creó la Gobernación de la Patagonia, con sede en Mercedes de Patagones, actual Viedma, cuyo primer gobernador fue el coronel Álvaro Barros; su jurisdicción alcanzaba hasta el cabo de Hornos.

esta manera resalta los rasgos positivos del soldado argentino frente a la cobardía del indio (chileno), “porque el enemigo no concluye su obra de exterminio y se retira para ir a contar donde tenga sus hijos o esposas que la vida de un oficial argentino aún muerto a traición cuesta cara y es difícil de arrancar” (Prado 2005: 146). El efecto del relato queda expuesto: quien narra la dificultad que le produce el soldado argentino al enemigo, cuánto cuesta derrotarlo (incluso a traición), es el mismo Prado, constructor de una voz que parece situada más acá de la frontera y, a la vez, más allá de las glorias jerárquicas del Estado, en el saber de una experiencia que solo se logra en la acción directa sobre el campo de batalla: “¡Y no volvieron más indios con fusiles!” (Prado 2005: 160)

Una ciudad bajo el agua o el enfrentamiento de los saberes

Un hecho, no por renombrado, resulta destacable: la inundación producida por la crecida del Río Negro, luego del Tedeum del 25 de mayo de 1879, realizado como celebración de los logros de la Conquista.

Allí el relato de Prado muestra una modulación en referencia al indio: su saber, que anticipa con sus palabras la inundación por venir, relativiza la autoridad científica (y positivista, por entonces) de los ingenieros, que son llevados al campo de batalla por la institución estatal. Aquí, como otra manifestación del desinterés o la desidia de las jerarquías que comandan el accionar del ejército, el combate no se manifiesta en relación al indio,⁹ sino que el enemigo parece incluirse en el propio interior del grupo de pertenencia –al menos en un punto particular–. El saber de los ingenieros se transforma en soberbia cuando deja de lado las recomendaciones de la experiencia. Si como señala Claudia Torre (2010) las relaciones con el indio atravesaron hasta ese momento diversas formas, llegando incluso a la del *indio amigo* (el indio que mata indios), en este momento del relato Prado parece sentir una proximidad con esos indios que avisaron de la posible inundación. Así las cosas, no debería parecer extraño: la identificación se produce con el sujeto que se siente más próximo en base a un elemento compartido, y si, como se viene sosteniendo, el sujeto que narra se configura a partir de la experiencia, en el debate de opiniones sobre el terreno la voz del indio estará un paso adelante del decir de la ciencia. Sin embargo, ese reconocimiento del saber del otro se realiza luego del sufrimiento, luego de la experiencia. Es decir, después de haber comprobado que el saber del indio era verdadero. Ese reconocimiento del saber del otro se produce *a posteriori* –“No hicimos caso” (Prado 2005: 100)– y el propio Prado asume su error. Cuando otro indio avisa que, frente a un amainamiento de la crecida, solo se avecinaba una embestida peor, ahí el ejército escucha y deja el terreno, alejándose del peligro –ahora sí primó la experiencia, aunque propia–.

Pero si al final del capítulo se puede observar una crítica en la valoración de los saberes en juego (entre el decir del indio y la ciencia del ingeniero), y en el inicio el narrador, en su defensa, trata de cruenta y penosa a la “Expedición al Río Negro”, ¿qué tipo de reivindicación se juega allí, si el “Alejandro” que debe manejar la expedición sale tan mal parado? Se juega, nuevamente, una nivelación de fuerzas que deja del lado de los temerarios y valientes a los soldados, quienes soportaron los avatares de la

⁹ Por el contrario, puede pensarse este hecho como un modo más de engrandecimiento del enemigo, que, en definitiva, *sabe* –por experiencia–.

naturaleza en el territorio que se conquistó para la patria, es decir, quienes se empeñaron en su labor y no abandonaron su puesto de trabajo a pesar de las condiciones reinantes:

aquello se hundía, iba a desaparecer una división del ejército, pero con las armas presentadas, batiendo marcha, al aire de la bandera azul y blanca, despidiéndose de la vida sin miedo, sin afectación, con la altiva arrogancia que infundían en el alma las notas del Himno Nacional (Prado 2005: 105)

Esta ciudad bajo el agua, que el soldado debe resistir, cuando la carne destinada a la alimentación era escasa y en mal estado, y el frío y la humedad penetraban los cuerpos, es entonces un momento del relato en el que la voz narradora acopia motivos para exaltar la figura del soldado al exponer su valentía:

El suelo, bajo la presión del pie, se hundía; el agua brotaba de todas partes; y, sin embargo, la tropa hacía ejercicio, las bandas de música llenaban el aire de armonías y el jefe hablaba de ordenanza y de reformas, se mostraba entero, sublime, con la conciencia del peligro, pero con abnegada arrogancia del héroe que burla a la muerte provocándola a una lucha brazo a brazo (Prado 2005: 101)

Nuevamente, en la cita puede leerse no solo la representación de las malas condiciones en las que actuó el soldado hasta que se logró el aprendizaje por la experiencia, sino también, e incluso de manera más explícita y directa, la exaltación del ejército y sus cualidades de valentía y abnegación al soportar, con el cuerpo, esa situación adversa. En otras palabras: frente al error de los ingenieros, la resistencia de los hombres de temple; por oposición a un saber que habla desde la voz de un superior (a la cual se discute, a pesar de obedecerla), una verdad que emerge de la experiencia.

La implantación del saber científico se logra de manera definitiva cuando “Alsina nombra en lugar del tradicional baqueano un ingeniero por cada división” (Rodríguez 2010: 367). Era un momento, hacia 1874, en el que la opinión pública miraba con desconfianza el ejercicio del poder del gobierno frente a las embestidas de los malones y la sensación de inestabilidad por la cercanía del indio generaba publicidad adversa para el Estado. El plan, conocido, consistía en hacer avanzar la frontera e implantar la famosa *zanja de Alsina* y, en paralelo a la misma, la línea de telégrafos que facilitaría las comunicaciones entre los diversos cuerpos de defensa logrando que los avisos entre los soldados encargados de la vigilancia se transmitieran al instante y así poder anticiparse a los avances del indio.¹⁰

Si dos son los saberes que se exponen en el capítulo “Choele-Choel. Escenas de la inundación”, estos se corresponden a aquellos que Fermín Rodríguez señala como incorporados por Alsina: por un lado, el saber del ingeniero, que en el caso de Choele-Choel trazó el plan de construir allí la ciudad que luego se inundaría; por el otro, el saber del indio que avisó sobre la posibilidad de que ese territorio sea inundado. Frente a este enfrentamiento, la posición del narrador es clara: “Yo no dudo de la ciencia del

¹⁰ La zanja fue un proyecto encabezado por Adolfo Alsina cuyo fin era defensivo. Ese objetivo se buscaba conseguir mediante la construcción de una serie de zanjas con fortificaciones, desarrolladas finalmente entre 1876 y 1877. El objetivo defensivo se complementaba con el de impedir que los malones se llevaran ganado. La zanja se prolongaba sobre la línea de frontera que separaba el territorio controlado por el Estado de aquel otro en mano de las poblaciones indígenas.

ingeniero que nos encajó en el valle, pero tampoco creo que fue justo reírse de los indios que nos aconsejaban no poblar allí” (Prado 2005: 107).

Pero Prado no es el único que, dentro de esta narrativa expedicionaria, enfrenta saberes y cuestiona el lugar preferencial del conocimiento científico frente al consuetudinario. Ebelot, en su función de agrimensor (desde el mismo lugar del saber autorizado por la ciencia, desde el otro extremo de la tensión que fundamenta en gran parte los relatos de Prado), manifiesta una transformación a partir de su experiencia concreta en el territorio: “no sólo he vivido sino que he pensado como un gaucho”. Esa transformación del pensamiento, esa adquisición de una nueva racionalidad, es la condición misma que le permite producir una perspectiva diferente, pero que solo “a la literatura le corresponde relevar” (Rodríguez 2010: 369). Surge, también en Ebelot y en una escritura narrativa, “la tensión ente el nombre propio y las instituciones del Estado moderno” (Torre 2010: 20). La aparición de ese nombre propio, en tensión con lo estatal, resplandece en las páginas de la literatura y no en los densos textos que brindan al poder del gobierno un relevamiento de lo ocurrido; es decir, en textos escritos lejos de las oficinas donde se decide el destino del soldado. En el libro aquí trabajado tampoco se afirma ni defiende una *campaña electoral-campaña de conquista* propulsada por Roca. Parece que la literatura, en estos casos particulares, se configura, como en las conversaciones que se producen entre los soldados, como el lugar en el cual las órdenes se comentan y discuten.

Últimos ajustes de cuentas

La campaña miliar que constituyó la Campaña del Desierto fue discutida en tanto ejercicio militar de guerra, y fue vista como una campaña electoral del propio Roca y como un viaje que reafirmó un proceso que se venía realizando para diezmar al indio y ocupar territorios. “La Conquista del desierto fue una operación policial” (Rodríguez 2010: 387): el cambio de nombre que aporta esta mirada desde la crítica literaria aporta a modificar su caracterización oficial. Vista desde esta perspectiva, la conquista pierde heroicidad. Se dijo anteriormente: incluso sus contemporáneos dudaban de que lo realizado fuera una hazaña. Prado, justamente, intenta demostrar que, a pesar de todo, algo heroico hubo y que esa heroicidad debe ser buscada en la tropa y en el saber que guarda la memoria afectiva, patriótica y colectiva que construyen sus narraciones.

Al usar el adjetivo de “policial”, en lugar de “castrense”, “militar”, o incluso “guerrero”, Rodríguez desprestigia la epicidad el acontecimiento. Policial remite a razia, redada ilegal, levantamiento forzoso, incluso ejercicio de control, pero no a una estrategia militar en una defensa de la patria. Por eso, seguramente, lo acertado del término. Y si bien Rodríguez adjetiviza de esa manera a la Conquista del Desierto ciento treinta años después de su realización, como hemos visto Sarmiento en su época se había encargado de calificar, en otro sentido, ese hecho en su contemporaneidad. Incluso Viñas aporta lo suyo:

Allí reside en gran parte el éxito del “paseo” de Roca: cotidianeidad implacable; desgaste previo, sordo y sistemático; alertas, entradas, “malones blancos” menos veloces pero más despiadados que los del movimiento inverso llevados a cabo por los indios (Viñas 2013: 20).

Manuel Prado, casi intuyendo anacrónicamente una red entre los diversos significados de los adjetivos mencionados, tiene suficientes razones para querer relatar una defensa que es propia y colectiva a la vez.

Para concluir, ya que de ajustes de cuentas y nominalizaciones se trata, si se retoma lo dicho al inicio sobre el cambio de nombre que establece Prado (al hablar de Pampa y no de Desierto) y se lo vincula a lo recién dicho, es posible arriesgar un nuevo nombre para esta campaña militar y decir que la Conquista del Desierto fue un *Paseo Policial sobre la Pampa*: es decir, una confirmación, un ejercicio de control sobre un territorio que en ese momento era parte de la Nación, quizás no de manera legal, pero sí de hecho. El cambio de Prado, Pampa por Desierto, sería, entonces, un cambio que ya estaba sellado en el mismo momento en que Roca despliega las cinco columnas de la Conquista –o el paseo–. Lo cual, sin embargo, no anula la tensión que el texto manifiesta. Si Fermín Rodríguez afirma (siguiendo a Deleuze y Guattari) que el estado cumple una función propia al fijar líneas molares para estabilizar divergencias con los patrones que establece (2010), existen ciertas diferencias en su propio interior que se le escapan, que no puede contener. En este sentido, la línea de fuga no sería solo la del indio que atraviesa zanjas y límites, fortines y fronteras, sino también la de esta narración que, en contra de la canonización de las grandes figuras, destaca este colectivo de sujetos menores, de soldados rasos. Prado, ante la omnipresencia de las decisiones del comando de un ejército profesional, propone (al menos en parte, como uno de los efectos de su escritura) la imagen de un ejército fundado en la valentía y el saber de la experiencia, y debate frente a la propuesta de un territorio entendido como pura estratificación modulada por saberes fundados en una supuesta superioridad estatal y científica.

Al menos, a Manuel Prado es posible atribuirle el valor (literario) de haber construido en la escritura una narración que no obedece *como reloj* a las jerarquías militares porque permanece en un juego de tensiones respecto de ellas al comentar y discutir en torno a ese fogón que agrupa y reúne la memoria colectiva del soldado.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1991), "El narrador", *Iluminaciones IV*. Madrid: Editorial Taurus: 111-134.
- Deleuze G. y Guattari, F. (2002), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Foucault, M. (2010), *¿Qué es un autor?* Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Halperin Donghi, T. (2005), *Una Nación para el Desierto Argentino*, Buenos Aires. Prometeo.
- Hernández, J. (2005), *Martín Fierro*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Kohan, M. (2015), *El país de la guerra*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Lugones, L. (2009), *El payador*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Prado, M. (2005), *La Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Buenos Aires: Taurus.
- Rodríguez, F. (2010), *Un desierto para la Nación Argentina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

- Rojas, R. (1948), *Historia de la Literatura Argentina. Tomo I. Los gauchescos*. Buenos Aires. Editorial Losada.
- Torre, C. (2010), *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo.
- Viñas, D. (2013), *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Galerna y Santiago Arcos Editor.
- Von Clausewitz, K. (1981), *De la guerra*. Asunción: Shica.